

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Año VIII

Barcelona 30 de Diciembre de 1897

Núm. 371

GABRIEL MAX



Un sueño mío



Burlas y veras

Cree el simpático, cuanto feo director de LA SAETA, que todos los chicos, con más ó menos circunstancias, que nos *deshonramos* (estilo figurado) escribiendo en las planas (no son columnas) de este semanario, vamos para genios, ó cuando menos estamos abonados al Parnaso, de donde recibimos la inspiración en dosis más ó menos insignificantes. Sólo así se explica que á mí, el más modesto de cuantos colaboran en LA SAETA, me hiciera el encargo de decir cuatro palabras acerca del malogrado Daudet.

¿Nada más que *cuatro palabras*? Aun suponiendo que admitiera el encargo, que no lo admito, ni mucho menos, ¿qué había de decir yo, que apenas me llamo Pedro en cuestiones literarias, que fuera digno del renombre y fama bien adquirida del insigne creador de *Tartarin*?

Quédese tal cosa para los osados gacetilleros que sin parar mientes en su insignificancia, han agotado todo el repertorio cursi de frases sentimentales, para decir que lamentan la muerte del inspirado poeta, del ilustre novelista que tan bien supo pintar la sociedad en que vivió, del insigne escritor que pensaba con la pluma, electrizaba con la palabra y sabía dar realce á tipos vulgares y de poca monta.

¡Decir que siento la muerte del grande hombre!... Fuera cursi, ridículo y tonto. Dedicar algunos párrafos encomiásticos á la figura del artista, es extemporáneo, porque tras de no necesitar su gloria, que es justa y merecida, mi aquiescencia, es lo mismo que si la hormiga se esforzara en reconocer la superioridad del león.

No incurriré en semejante desatino. Perdería mucho el nombre de Daudet, si yo viniera en ganas de dedicarle una *Necrología* de las que ahora se estilan. Ni él la necesita ni yo he de dedicársela. No llega á tanto mi petulancia.

Quédese para los que atrevidamente han osado tratarle de igual á igual, y quédome en mi modesta insignificancia, sintiendo de todas veras las leyes inmutables del mundo, que privan de la vida á hombres que no debieran morir nunca.

¡Qué perdone Daudet, desde las regiones de lo *intangible*, la libertad que me tomo de profanar su gloria, haciendo que mi pluma escriba su nombre!...

*
* *
*

Y ahora, aunque no venga á cuento, debo decir que no me ha *tocado* la lotería.

¡Ni reintegro, señores!...

Me consuela el pensar que la mayor parte de los lectores se encuentran en el mismo caso.

Ya lo dice el refrán: mal de muchos... etc.

Omito lo de *tontos*, por la parte que me toca.

Las ilusiones, los proyectos fantásticos, las ideas de halagadoras prosperidades quedan aplazadas hasta el año próximo, en que, por iguales días, volveremos á acariciar la esperanza de enriquecernos, acertando un pleno en la timba nacional.

No hago el cálculo del dinero que ha costado á Barcelona la lotería de Navidad, porque ya ha habido otros periódicos que lo han hecho. La enorme pérdida que resulta para los jugadores debía servir de provechosa enseñanza á los que quieren llegar á potentados por azar de la suerte.

En cuanto á mí, declaro que se me ha quitado la chifladura... hasta el año que viene, en que volveré á *empeñarme*, para llevar unas cuantas pesetas de participación en números que no han de salir.

Porque eso de sacar el *gordo* se queda para los niños mimados por la fortuna.

Y yo, ni soy niño, ni estoy mimado, aun que me esté mal decirlo...

JULIÁN PÉREZ CARRASCO.

La costumbre

(FANTASÍA DE ÚLTIMO DE AÑO)

Un día salí de casa muy temprano.

A las dos de la tarde.

Por aquel tiempo, que no era el tiempo de los Apóstoles, levantábame yo cuando anochecía.

Pasaba la noche en vela, pero tengan su risa los maliciosos, no eran noches de crápula ni de orgía aquellas noches.

No bebía, ni fumaba, ni amaba á las mujeres.

Llevaba guantes, levita y sombrero de copa.

Ustedes dirán que siendo así debía aburrirme soberanamente. Alguna vez sí, lo confieso.

Pero es el caso que había en realidad una razón poderosa para que yo no durmiese más que durante las horas de sol : la costumbre.

¿Por qué duermen los demás aprovechando las horas de luna? Por la costumbre también; porque desde pequeños les llevan los padres á la cama, en cuanto obscurece.

Me conformo con los sabios que apelan al ejemplo discretísimo de las gallinas; pero ese testimonio no destruye mi afirmación.

Figúrense ustedes que yo no nací rico, y que cayó sobre mi cabeza aquella saladísima broma de los autores bíblicos: ganarás el sustento con el sudor de tu frente. Tuve que trabajar, y en los desbarajustes sociales, que no creo cosa de Dios ni de la Biblia, me tocó sudar por la noche. La broma fué pesada, horrible, durante mucho tiempo, pero al cabo me dormí como un bendito, de día.

No saqué de ello más que una ventaja: que no me picaban los mosquitos. Es verdad que en cambio, cuando llegaba el invierno, ¡no era flojo el martirio de los sabañones!

* * *

Un año, en 1888, si no recuerdo mal, me tocó la lotería. El premio gordo.

Eso fué una extracción antes de Noche buena. Para la del 23 de Diciembre llevé un billete enterito. Se dieron malas y sólo adquirí el



Tipos asiáticos



—Sí, señor; eres un canalla y un sinvergüenza.
—¿Nada más?
—¿Más aun?
—Sí, soy tu marido.

reintegro. Pero á la otra, la última de temporada, se me vino otra vez el primer premio á la gaveta.

Y recuerdo con fruición que todavía me pagaron en monedas de oro.

Ahora fijense en que primero jugué cinco pesetas y últimamente cincuenta.

¡Fuí rico!

Tan rico, que abandoné en seguida la pesada cruz del trabajo y me reí pensando en la Biblia.

¡Sudar! Los jornaleros que arrostran los ardores de un sol de Agosto en los llanos de Castilla. Yo nó.

Bueno; probé á irme á la cama antes de media noche, á la madrugada; ¡y qué si quieres! Lo más pronto que conseguí conciliar el sueño fué al romper el día.

¿Qué habrían ustedes hecho en mi lugar? Acostarse tarde y con sol.

Vale más aburrirse dando vueltas por la calle que dando vueltas por la cama. Dijo Espronceda:

En su lecho venturoso
Se agita insomne el señor.

Y yo era, efectivamente, tan señor como venturoso era mi lecho, pero no me encajaban los versos del poeta. No había hecho daño á nadie, y una vez que cazaron cierto ratón en mi casa, lo dejé en libertad porque padecía el pobrecillo. ¡Hasta me gusta conciliar á los perros y á los gatos! En mi insomnio, pues, sólo había falta de costumbre.

* * *

Sucedió, digo, que me levanté un día á la una de la tarde.

¿Cómo se operó aquel milagro, más *milagroso* que el de los peces y los panes?

Ya he declarado que yo no bebía.

Pero la noche anterior suscitóse una disputa en el café.

— Los ingleses, — decía uno, — se emborrachan, porque en Londres no hay más que brumas. Transigen de esa manera con la falta de sol.

— ¡Qué diablos! — añadió otro — nada tiene que ver el sol con las borracheras. ¡Cómo que no son curdas los españoles!

ALREDEDOR DEL MUNDO



ARROMANCHER. — El dique



AMIENS. — El crucero de la Catedral

conseguir todo mi empeño, lo consiguió aquel mágico conjuro «embriáguense usted». Dormí mal, y á media tarde ya estaba insomne, sí, señor, insomne en la cama.

Cuando me eché á la calle, el mundo, la gente, daban vueltas á mi alrededor. Veía caras extrañas. El sol me hacía cosquilleos en los ojos.

¡El sol! Fastuoso, rico; sol meridional que no había visto de diez años aquella parte. Andaba yo dando tropezones; extrañándome de aquella gente que no conocía, enteramente nueva para mí. Diríase que había caído de un planeta.

Nada, que antes de beber estaba ya borracho.

Entré en una tienda de montañeses y pedí... ¡manzanilla! Trajéronmela con unas rodajas de salchichón y aceitunas sevillanas.

Era aquel día el último del año, el 31 de Diciembre...

Pero perdón y paciencia, lectores. Puesto que era el último día, ya les diré á ustedes el año próximo cómo empezó y cómo acabó aquella borrachera mía.

Fué doble, morrocotuda.

—Curdas indecentes.

—¿De modo que hay decencia en la embriaguez? — pregunté tímidamente.

— ¡Si la hay! El año pasado estuve yo en París y fui invitado á la mesa de Mr. Thomson Croonsville, un millonario. No puede usted imaginarse mayor corrección y cultura. Después de los postres, la esposa de Thomson saludó ceremoniosamente y nos dejó solos. — ¿Sabe usted por qué? — díjome el cuñado. — Para que bebamos, para que nos emborrachemos... es la costumbre. — ¡Pero si tengo entendido que Thomson no bebe! — Thomson, nó, pero usted y yo, sí. — Y en efecto, al cabo de una hora, cubas completas.

— ¡Curdas indecentes! — repitió el interlocutor con gravedad.

— Que nó. Embriáguense usted, beba, amigo, — siguió el otro, dirigiéndome la palabra. Sabrá usted lo que es bueno. Cuando veo á uno que hace eses por la calle, le envidio. Es el verdadero estado gozoso del hombre. Hasta los códigos le declaran irresponsable.

Me resonaban en los oídos estas palabras al acostarme: «embriáguense usted».

Y lo que no pudo

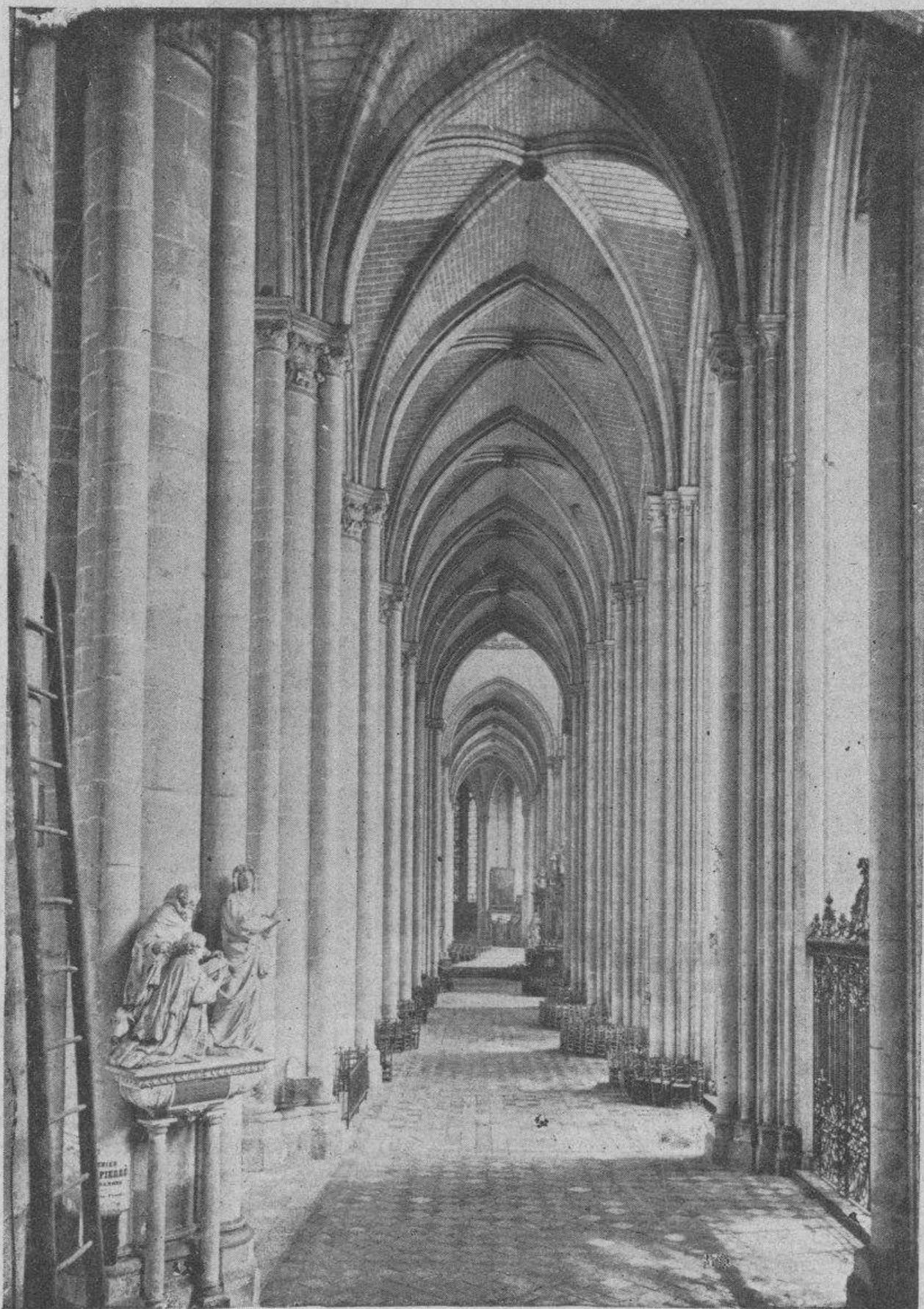
CLAUDIO UGENA.

Mi amigo Onofre

— Caballero... usted dispense... ¿podría usted favorecer á un desgraciado padre de familia, sin recursos y con cinco hijos?

El timbre quejumbroso de la voz suplicante me hizo parar en seco. No fué (he de confesarlo ingénuamente) el sentimiento de la compasión el que me detuvo en medio de

ALREDEDOR DEL MUNDO



Catedral de Amiens. Nave lateral derecha

la calle, para atender la súplica del pobre diablo ; fué simplemente un sentimiento de viva curiosidad, suscitado por el sonido « típico », si cabe emplear ese vocablo, de una voz que al herir mis oídos, despertó en mi espíritu añejos recuerdos.

— Hace tres meses que me dejaron cesante — continuó el hombre, recargando su acento lastimoso — y desde entonces me ha sido imposible encontrar trabajo... Por doloroso, por humillante que sea, me veo obligado á mendigar... Al menos que mis pobres hijos tengan de cuando en cuando un pedazo de pan...

K. RAUPP



• El toque de «Ave María»



STOCKOLM. — Puente del Norte

— ¿Y dice que tiene usted cinco hijos?

— ¡Cinco, caballero! tres hembras y dos varones, y todos de menor edad, ¡¡pobrecitos!

— ¡Embustero!

Hizo un movimiento de brusca contrariedad el pordiosero cesante, cuyo rostro mo-
fletudo, desvergonzado, distinguía ahora perfectamente á la claridad de un farol.

— Caballero, esa palabra... — balbuceó en tono ofendido.

— ¡Embustero! — repetí yo, riendo, — á mí no me la pegas tú ¿estamos? ni tú eres cesante, ni has sido empleado, ni tienes cinco hijos, ni uno siquiera... que te conste, por lo menos. Lo que eres tú, amigo Onofre, un gandul inveterado, y no me extraña que te hayas echado á la mendicidad, porque debías parar fatalmente en ello.

Mirábame el tipo con creciente asombro y abriendo dos ojos como dos platos; encasquetóse la abollada chistera, que hasta entonces había tenido en la mano, se acercó para examinarme con atención, y exclamó con tono gozoso:

— ¡Juanito!... ¡tú por estas calles de Dios y á estas horas!... ¡hombre, me alegro!... ¿sabes que hace un siglo quo no nos veíamos?

— Si no hace un siglo, hace diez ó doce años.

— Sí... desde que concluimos la carrera, digo, desde que la concluiste tú, porque lo que es yo no pude pasar nunca del primer curso.

— Dí que no quisiste...

— Chico, en ciertas cosas y en ciertos temperamentos, el no querer equivale á no poder: yo no pude nunca querer trabajar: *c'était plus fort que moi*, como dicen los franceses. Esto te lo demostraré de una manera irrefutable cuando quieras; ahora mismo si te parece, en la cervecería, á donde podremos ir á tomar un par de *sanwichs* y un par de bocks. Te convido.

— ¡Tú!

— Sí, yo; ¿te figuras que no tengo dinero para obsequiar á un amigo?

— Si tienes dinero, ¿por qué pides limosna?

— Pues hijo, porque si no pidiese limosna no tendría dinero, ¿no comprendes?... me parece que esto es resplandeciente por lo lógico.

— Tienes razón; y puesto que la mendicidad te da buenos resultados y no te falta dinero, acepto tu convite; pero me explicarás ese misterio de tu vida.

— Pero, chico, si aquí no hay misterio ni cosa parecida. Tú mismo has dicho, hace un momento, que yo era un gandul, afirmación que ratifico por completo. Sí, hijo; yo nací gandul y he continuado siéndolo toda mi vida, de la misma manera que otros nacen con el don de la actividad y del amor al trabajo y siguen durante toda su existencia siendo activos y laboriosos. Cuestión de temperamento. Desde niño sentí la repulsión más acentuada por esa ley fatal que, según parece, Dios impuso al primer hombre, ley que yo he procurado eludir constantemente. Y por natural consecuencia, sentí también toda la voluptuosidad de eso que los italianos llaman con tanta propiedad el *dolce far niente*. ¡ Ah! esa divina fruición de la pereza, con qué delicia la he saboreado durante el curso de mi niñez, de mi adolescencia, de mi juventud y de mi edad viril!... Desgraciadamente no fui jamás rico; antes por lo contrario, ví siempre la pobreza muy de cerca, circunstancia dolorosa que, contrariando mis más arraigadas inclinaciones y mis más sólidos principios, me obligó muchas veces á trabajar.

— ¿Y qué hiciste?

— Verás: fui empleado del Gobierno, que es al fin y al cabo lo que exige menos cantidad de trabajo. Era yo, Juan de mi alma, un *presupuestívoro* modelo... Con decirte que hasta los compañeros más perezosos de la oficina se maravillaban de mi pasividad ejemplar... La verdad es que nadie llevó jamás tan lejos el arte de cobrar un sueldo durante meses y meses, sin echar una mirada sobre los expedientes de la mesa y sin trazar la más leve plumada. El mal estaba en que un cambio de Gobierno venía á lo mejor á desbaratar mi plácida existencia; declarábanme cesante y entonces sí que no había más remedio: era preciso trabajar.

— ¿Y qué clase de trabajo desempeñabas?

— Pues uno de los más pesados: el de pretendiente. Son muchos los empleados que no trabajan más que cuando están cesantes. La cesantía obliga á hacer muchos pasos; obliga á pedir, á solicitar, á importunar, á escribir cartas, á buscar recomendaciones, á subir escaleras, á hacer visitas... En fin, una serie de molestias que le obligan á uno á ser activo y á representar mil papeles. Como eso era tan opuesto á mi carácter y á mi vocación, la última vez que me dejaron cesante, resolví quedarme como estaba y no hacer absolutamente nada para que me repusieran. Pero como es preciso vivir... me eché á eso...

— A pordiosero ¿eh?

ALREDEDOR DEL MUNDO



VILLERS - SUR - MER. — Vista general de la playa

ACADEMIAS



¡Perezosa!



Pesca del Bou. — Llegada de los pescadores

— Precisamente. Y no me arrepiento de ello.

— ¿Es decir que te va bien?

— Muy bien. Pecuniariamente no es gran cosa el oficio; me da, no obstante, lo suficiente para comer, vestir y fumar. Pero su mayor ventaja consiste en lo bien que se armoniza con mis gustos. ¡Ah! chico, tú no sabes lo que se disfruta en esa existencia al aire libre, que además de satisfacer á la holganza, se presta por tan admirable manera á la observación, al estudio filosófico de los hombres y de las costumbres y es manantial inagotable de impresiones y de sensaciones de todo género!... El pensador, el poeta, y yo tengo mucho del uno y algo del otro, encuentran en la vida de mendigo una multiplicidad de goces íntimos que el vulgo no puede explicarse; créelo.

— Sea; pero no me negarás que eso de explotar en beneficio de tu gandulería, la caridad pública, no es muy bonito ni muy digno.

Miróme Onofre con aire de desprecio y contestóme:

— No seas cursi... ¿Acaso la existencia humana es, por cualquier lado que la mires, otra cosa que una mútua é inmensa explotación? ¿Y crees tú que la que yo ejerzo es menos decorosa que muchas otras que pasan por honradas?

JUAN BUSCÓN.

Soneto

Á MI MADRE

Senda fatal mis pasos recorrieron,
Del mundo tras la dicha engañadora:
La mano que estreché me hirió traidora,
Los labios que besé me maldijeron.

Mis ilusiones en tropel huyeron,
Y mis ojos á tí convierto ahora:
No cierres, madre, al hijo que te adora

Esos brazos que niño lo mecieron.

Partí feliz y torno desdichado:
Así la caña se levanta erguida
Si la besa la luz del sol dorado,
Y al rugir la tormenta embravecida
Bajo el golpe del viento deseado,
Besa la tierra que le dió la vida.

José J. HERRERO.

Los siete novios de Rosa

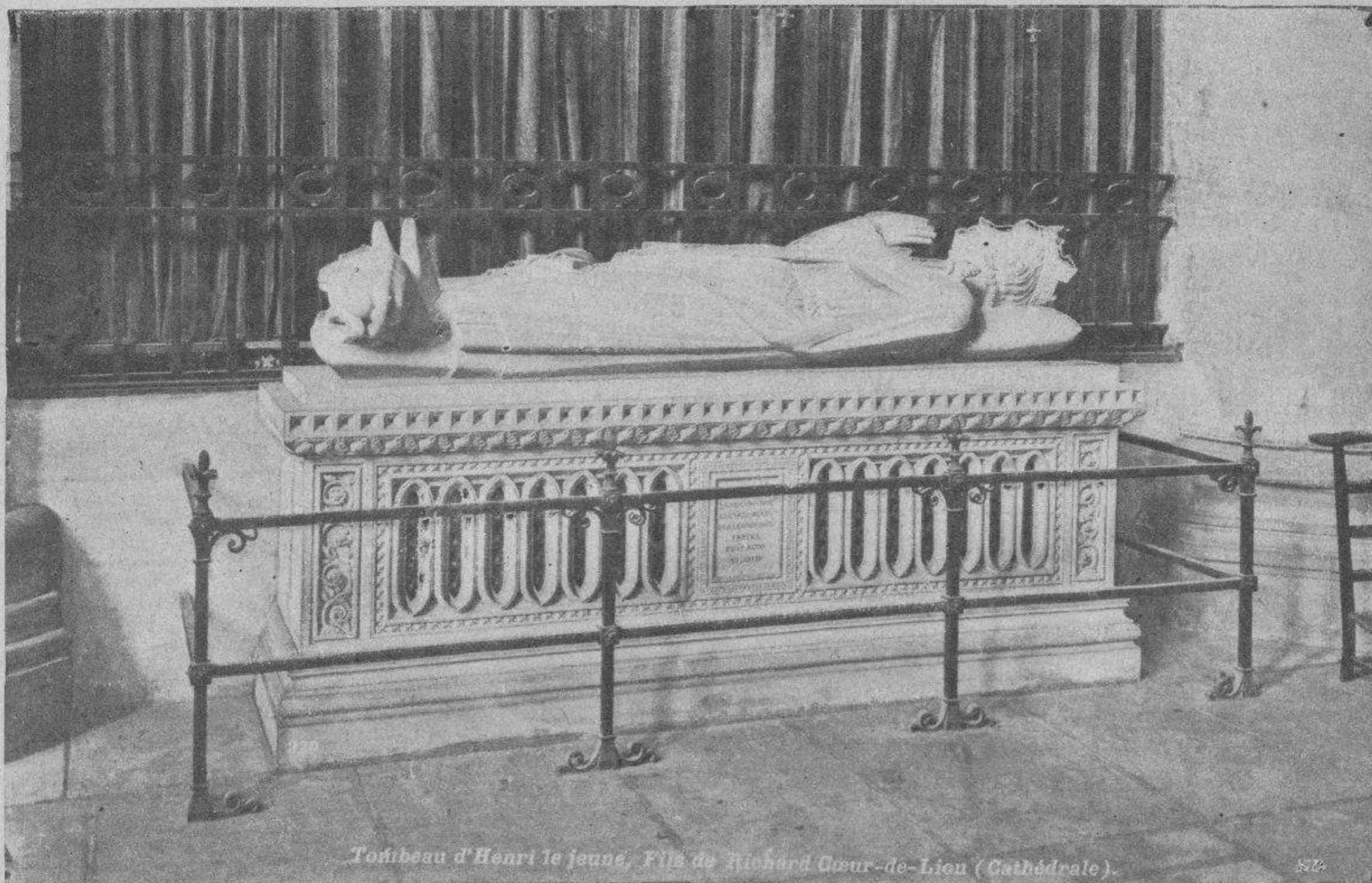
Apenas tuvo Rosa quince años y fué la muchacha más linda de la ciudad cuando empezaron á rondar su calle galanes de todas clases y categorías. La chica no sentía gran necesidad de amor, y hubiese preferido continuar jugando á muñecas, á no ser porque sus amigas no cesaban de decirle que toda joven que se estimara en algo debía echarse novio. Como el consejo era muy fácil de seguir para un pimpollo como ella, lo puso en planta con gran rapidez.

El primer hombre á quien permitió el derecho de tutearla, de estrechar su mano cuando nadie podía verlo y de llamarla: «mi bien, mi amor», fué un mozo alto y recio, agradable por todo extremo, pero dotado de un genio de todos los demonios. Bastaba que Rosa mirara á un hombre para que su adorador montara en cólera. Llameaban sus ojos, contraíanse sus facciones, pugnaban por moverse las manos, acometidas de un temblor nervioso, y la chica quedaba medrosa y despavorida. Una vez armó un escándalo mayúsculo apaleando bárbaramente á dos jóvenes que habían requebrado á su novia; otro día abrió la cabeza á un hombre que rondaba la calle de Rosa, y que resultó que no pensaba en ésta ni por asomos. Ultimamente, al ver que la chica miraba hacia un grupo de oficiales, la insultó groseramente y levantó la mano contra ella. Aquí terminó el primer noviazgo.

Poco tiempo después le hizo el amor con tanta fidelidad y finura un chico, que, conmovida, le tomó por pretendiente formal. Nunca hiciera tal la pobre. Al cabo de pocos días conoció que había escogido pésimamente. Su novio le armaba peloterías á diario sin motivo fundado: estaba siempre de un humor insoportable; rechinaba furioso los dientes cuando veía que ella estaba contenta; decía pestes de todas sus amigas, abominaba de todos los hombres y jamás estaba satisfecho de sí mismo ni de los demás. Un día se enfadó Rosa y le envió á paseo.

Un tercer pretendiente, vestido siempre á la última moda, dueño de hermosos caballos sobre los que lucía su garbo, sucedió al enfadoso novio mal humorado. Pero el actual no podía sufrir la menor contradicción, no tenía nunca en cuenta para nada la

ALREDEDOR DEL MUNDO



Sépulchre d'Henri le jeune, Fils de Richard Cœur-de-Lion (Cathédrale).

Sepulcro de Enrique el joven, hijo de Ricardo Corazón de León

voluntad de Rosa, y se burlaba de todos y de todo, afirmando que únicamente cuanto él decía era bueno y bello y razonable. Una vez que por casualidad le contradijo, Rosa se indignó de tal modo, que sin despedirse siquiera volvió la espalda con ademán de dignidad ofendida, y todavía no le ha vuelto la chica á ver el pelo.

El cuarto sí que era un guapo muchacho, y tolerante y cariñoso. La joven pensó que al cabo había dado con el hombre fénix. Cuanto ella decía lo daba por bueno el mozo, y contemplándola sin despegar los labios parecía adorarla como á una imagen. Pero éste, que tan simpático y bueno era, resultó el más peligroso de todos. Cuando medió alguna franqueza entre ellos, á lo mejor sentía Rosa que una mano, que no era suya, ejecutaba alarmantes exploraciones por sitios que no son precisamente los más indicados para esa clase de *sport*. Si se descuidaba un poco, unos labios ávidos y sensuales se posaban en su cara, donde podían, y allí parecían echar raíces, según lo que tardaban en despegarse. Aquello resultaba intolerable para una muchacha honrada, y Rosa acabó con aquel galán demasiado enamorado.

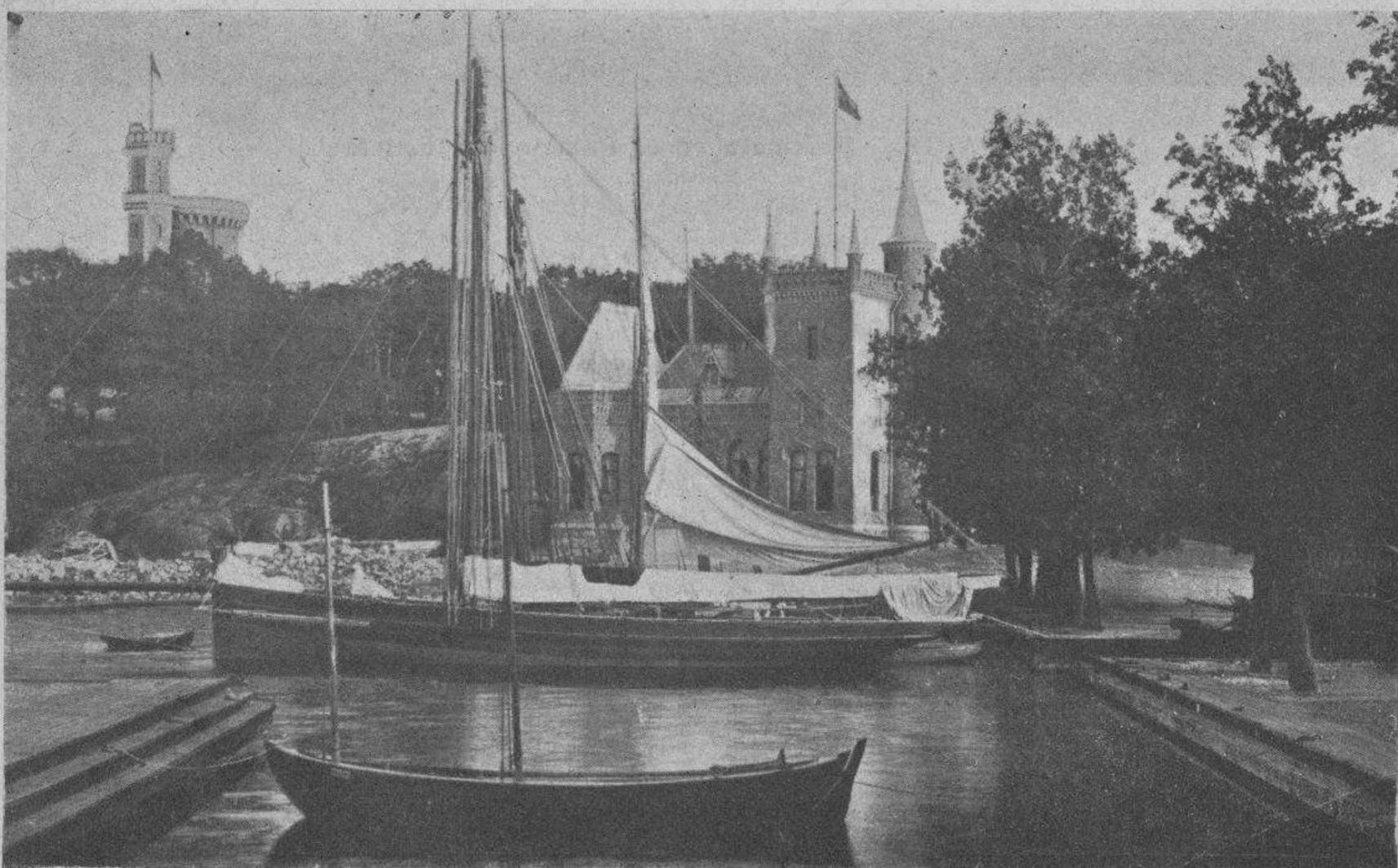
En pos de ese libertino ocupó la vacante un chico delgado y modesto, muy ponderado en todas sus manifestaciones de cariño, que se pasaba las tardes preguntando á Rosa la dote que la darían, la fortuna que poseían sus padres, los gustos que ella misma tenía y desaprobando con gran energía que mostrara afición á las galas y á las diversiones. La muchacha se fastidió de un novio tan positivista y le despidió á cajas destempladas.

El que siguió á éste tenía un carácter muy distinto. Hablaba de todo y de todos sin decir mal de nadie; afirmaba que la vida era muy hermosa para quien sabía tomarla como se debe. Estaba el hombre lucio y fuerte como un toro. Siempre que á pelo venía contaba á Rosa alguna hazaña gastronómica. Varias veces notó con estupor la chica que desbarataba con una tranquilidad pasmosa, y una tarde — triste revelación — descubrió que su novio estaba abominablemente embriagado.

El séptimo era el más tranquilo de todos. Hablaba con pausa, como si le costara esfuerzo hacerlo; jamás se permitía exploraciones por continentes desconocidos: ni por casualidad se enfadó una sola vez. Hablando un día con Rosa en el paseo le cayó el bastón y lo dejó en el suelo. Preguntado que por qué lo hacía, afirmó que no vale un bastón caído el esfuerzo que requiere la acción de recogerlo. Un día no compareció á la cita que tenía con Rosa. Era que se había quedado dormido. La joven se enfadó tanto que despidió al grosero y se prometió estar mucho tiempo sin novio. La verdad es que los siete primeros le habían salido rematados.

A. RIERA.

ALREDEDOR DEL MUNDO



STOCKOLM. — Castellholmen. Yakt Klub

Un año más

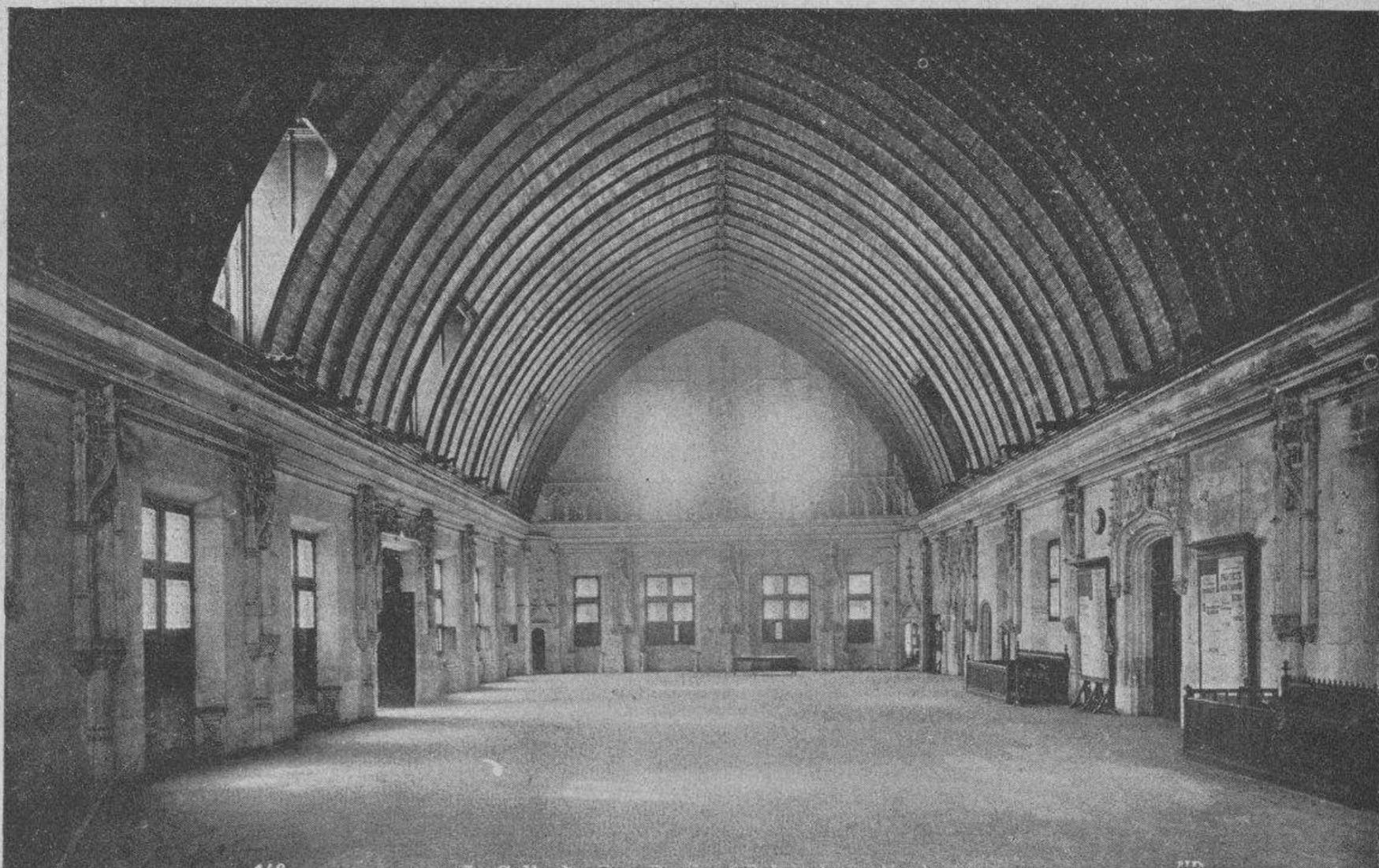
Pare el que vive entre goces
y riqueza y bienestar,
mecido por la fortuna,
nada importa un año más.

—
Para el vacilante anciano
que implora la caridad,
teniendo el suelo por cama
y el arroyo por hogar;

para el valiente soldado
que en lejana tierra está
esperando que una bala
vaya su vida á cortar;
para la madre que llora
ausente al que era su afán:
para el que gime entre hierros...
¡cuánto importa un año más!

LÁZARO REAL

ALREDEDOR DEL MUNDO



PARÍS. — Vestíbulo en el Palacio de Justicia

Las pastoras

(POEMA)

CANTO PRIMERO

LA FICCIÓN

Era todo en el campo poesía
en tiempos de la Arcadia venturosa,
según dicen los vates en sus églogas
y rezan de los viejos las historias.

—
Durmiendo á las ovejas y á las aves,
tocaba el caramillo la pastora
junto al remanso de apacible linfa,
de la florida selva entre las hojas.

—
Medias de seda, primorosos lazos,
faraloes y cintas primorosas
y el sombrerito en los cabellos de oro:
¡vaya si era gentil y encantadora!

—
No extraño, nó, que se llamase Filis,
y los poetas le cantaran trovas:
que apacentando sus ovejas nobles
parecía una reina la pastora.

CANTO SEGUNDO

LA REALIDAD

Pero hoy vamos al campo ¡y vive Cristo!
¿dónde andan las Filis de las églogas?
¿qué se hicieron las flores y los pájaros
dormidos con sus dulces cantinelas?

—
En lugar del ramaje misterioso
descubre la mirada agrestes peñas,
donde triscan salvajes los carneros
y la pobre pastora hace calceta.

—
Viste humilde la moza un zagalejo,
y no chapines, alpargatas lleva;
está tostada por el sol ardiente
y casi, casi si se llama Pepa.

—
Oh Arcadia venturosa, ¿dónde has ido?
¡cómo cambian del tiempo las escenas!
¡cómo se pierde de la dicha el goce!...
¡y qué cosas que tienen los poetas!

José SELMA ORTIZ.

M. POIRSON



En el muelle de Trouville



Notas bibliográficas

Encuentro sobre mi mesa varios libros que me pasa el Director para que los lea y los examine y diga después dos palabras de ellos.

¡Sólo dos!

Como es presumible que los autores (incluyo á los novelistas, poetas y demás, desde el que lleva sombrero de copa hasta el que apenas si puede con el hongo), sigan imprimiendo libros y yo tenga que enterarme de sus agudezas y gracias, bueno será que salve toda responsabilidad. Cierto que hay volúmenes acerca de los cuales no se puede escribir gran cosa; entonces debemos ser parcos, pues de dos palabras sobran por lo menos las dos; pero á mí no me quiten acción y espacio para alabar como se merece á quien goza de sano talento y graciosa y rica imaginación.

O el Director pone una nota adicional á su decreto, ó no voy á poder más si no salirme á uña de caballo de todo compromiso y contestar á los autores con frases de discreta cortesía.

Y esperaré á que caiga por la mesa algún tomo recomendado y en que se me advierta con lápiz azul que lo trate prolija y cariñosamente, para decir: «doy las más expresivas gracias á D. Fulano, por el envío de su obra».

Que es al fin y al cabo lo que dicen muchos periodistas, algunos directores y tal, porque ¡pobrecillos! aun la gacetilla les viene larga.

LA PRIMERA FALTA. — *Luís de Val*.

Póngolo así, en seco, porque he visto que si lo digo asá ó lo digo asao, viene un retruque de palabras.

Y el Director no se ha olvidado de advertirme que *Luís de Val* es excelente amigo, pero algo malicioso.

Bueno, pues cónstele á *Luís de Val* que del libro «*La primera falta*», que leí de un tirón, gustóme todo menos el final de «*Histerismo*».

¿Pero qué importa que á mí no me guste? Tampoco podría decir los motivos, sin faltar á la imposición del tirano: las dos palabras.

El libro pertenece á la Biblioteca selecta que edita D. Pascual Aguilar en Valencia, y tiene al empezar (el libro, se entiende) *La primera falta*.

Sí, sí; *La primera falta*, título de un diálogo para una novela representable. Está escrito con maestría; hay calor, ese calorcillo que á mí me gusta en las páginas que leo, porque parece que viene del alma.

En fin «*La primera falta*», diálogo, vale por todo el libro, pero justo es que diga que en «*Carne del arroyo*» se nota un humorismo agradable y eso que el final deja un sabor amargo.

Es que concluir siempre resultará cosa difícil para todo el mundo. No consiste en poner un punto final.

A mí, por ejemplo, me han tirado ya dos ó tres veces de la manga. Y en mi vida me he visto en aprieto como el de ahora; ¿cómo salvo yo el peligro? Eso no es tan fácil como el salvar un retruque.

DOCENA DE FRAILE. — *V. Serrano Clavero*.
Docena de fraile, no son doce, sino trece poesías, joviales, alegres como unas pascuas las trece.

De la versificación, del ingenio, y de todo lo demás no es necesario que diga á ustedes nada.

Y lo que es con el libro de *Clavero*, no se me dirá que no cumplo lo mandado.

¡Ni dos palabras!

CLAK.

Ellas y nosotros

Volupta

TERESA, 19 años — JULIA, 17 años

TERESA.—Pues bien, ya lo sabes. Si te ama como tú te figuras, fíalo todo á los impulsos de su corazón.

Los corazones enamorados proceden siempre justamente.

JULIA.—Porque eres tan sabia, porque sabes tanto, por eso he venido á consultarte, no te puedes figurar, venciendo cuanta vergüenza.

TERESA.—¡Vergüenza! ¿Por qué?

JULIA.—¡Ay, Julia! No todas habían de

ser tan tolerantes como tú. ¡Ni con mucho!

TERESA.—¿Pero es que tú crees?...

JULIA.—No sé como explicarte el fenómeno, porque es un fenómeno muy raro. En aquellos momentos yo sabía que no me conducía bien, yo sabía que aquello debía causarme vergüenza, y sin embargo...

TERESA.—¡Pobre inocente!

JULIA.—¿Por qué me llamas inocente?

TERESA.—Porque me hacen gracia tu sobresalto y tu ingenuidad.



— ¿Qué ha hecho usted cuando han tocado á pienso?
 — Pus... *echarme á pensar, mi tiniente.*



— Le prevengo que sería conveniente me dejase usted el alfiler de su corbata y tóo lo de valor, porque sé que quieren robarle en la otra esquina.

JULIA. — ¿Luego tú crees que no hay motivo?

TERESA. — Cálmate. Yo quizá no pueda explicarte cosas que yo misma ignoro.

Entre tú y yo no hay más diferencia en edad que un par de años, en experiencia... en experiencia... ¿A cuántos hombres has amado?

JULIA. — ¡A cuántos hombres! ¡Pues si no sé, y por eso te consulto, si amo á Miguel!

¿Qué es amar? Eso es lo que yo quiero saber.

TERESA. — A tu edad, como tú, acababa yo de salir del colegio, y también entonces, como tú ahora, quise querer á un hombre ¡me habían hablado tanto de los peligros que existen en amarlos! y amé al primer llegado, á un jovencuelo que con aires de persona, perdonándome mi... honor, se me acercó una noche y me dijo no sé qué tonterías.

A la noche siguiente insistió, insistió á la tercera, y á la cuarta, los que nos rodeaban nos creyeron enamorados, y nosotros mismos nos lo creímos también. Una de tantas, un pliegue de una cortina le auxilió en sus planes, y aquí llega tu caso, se atrevió, no me opuse, y me dió un beso, que yo, entre el instinto ofendido y el deseo no saciado, en lucha la moral aprendida con la eterna voluptuosidad, acabé por devolver.

JULIA. — ¡Tú también!

TERESA. — Sí, yo también y también yo, sentí, como tú sientes ahora, mi pecho inflamado por lo que suponía el amor más intenso; y la duda me combatía, y los escrúpulos me dominaban, y fué necesario que otro beso, y otro y otro, se sucedieran para calmar mi espíritu y para tranquilizar las angustias de mi conciencia.

JULIA. — ¡Cosa más rara! ¿Luego tú crees que lo que yo atravieso es simplemente la crisis á que todas estamos sujetas?

TERESA. — Sí, Julia mía. Tú, como todas, estás enamorada de memoria; mejor dicho, te ensayas en esa trascendente comedia que embarga toda la vida, y que se llama amor...

JULIA. — ¿Toda la vida?

TERESA. — Llamo toda la vida á los años de juventud.

La mujer vive los años que dura su belleza... después se convierte en madre... ó *cristaliza* en ese algo repulsivo que se llama suegra.

JULIA. — Según tus palabras, las feas nunca existen.

TERESA. — La mujer que no es hermosa apenas si ella misma tiene la seguridad de vivir.

Lee los poetas, estudia los sociólogos, hojea los moralistas, y verás como para todos esos señores en nuestro sexo sólo han querido ver al sexo bello, y pocos, muy po-

cos, nos consideran como el sexo débil.
JULIA.—Es verdad. Alrededor de nuestra belleza giran todos los argumentos en pró y en contra.

TERESA.—Porque seguimos siendo consideradas como fuente de placer.

JULIA.—Y por eso...

TERESA.—Y por eso las feas nada tienen que ver con nuestro sexo. Son cosa aparte, que no merecen la atención como no sea de algún alma sensible.

JULIA.—Me decías antes...

TERESA.—¡Ah, sí! Te decía que así como tú ahora tienes un Miguel, yo tuve entonces, al primer vuelo, un Ricardo, á quien sucedió un Vicente, y después un Santiago y ahora un Federico.

Y esos, en los dos años que vivo en los salones, me han dado toda la experiencia que á tí te falta.

JULIA.—¿Cómo?

TERESA.—Consultando mi corazón con serenidad y buscando soluciones en mi inteligencia.

JULIA.—¿A tan poco precio?

TERESA.—Desde niña he querido siempre darme cuenta exacta de las cosas, y no he querido nunca vivir engañada con respecto á mí.

JULIA.—¡Pero aquel Ricardo!...

TERESA.—No valía más que el Federico presente.

JULIA.—¡Me dejas atónita!

TERESA.—Aquel se fué un día harto de mis besos, casi cuando yo empezaba á estarlo de los suyos.

JULIA.—¡Es posible!

TERESA.—No te admires. Ya estás en el camino de mi experiencia. Desde entonces... ya casi lo sé todo en la materia...

JULIA.—¿Y qué sabes?

TERESA.—Lo que tú comienzas á adivinar.

JULIA.—No adivino nada.

TERESA.—Cuando me hablabas un momento del inmenso placer que sentiste...

JULIA.—¡Ah, sí! Un placer, una emoción, un algo que me hacía saborear la maldad que cometía, que me sujetaba en los brazos de aquel hombre que con sus labios...

TERESA.—¿Y á ese hombre no sabes si le amas?

JULIA.—Nó, no... puedo averiguarlo.

TERESA.—Pues bien, porque presentes lo que yo ya sé.

JULIA.—¿Y tú que sabes?

TERESA.—Que se puede sin amar estar enamorada... del amor.

JULIA.—¡Enamorada del amor!

TERESA.—Una degeneración de los sentimientos y una complicación de los nervios. Enamorada del amor... como fuente de voluptuosidad.

TOMÁS ORTS-RAMOS.



— ¿Conoce usted algo de Wagner?

— Sí, señora; lo de la falda de percal planchada...



— ¡Ay, señora! La naturaleza se enfría... Recuerdo que hace veinte años, cuando tenía yo mi tienda de comestibles, no sentía el frío como ahora.

— Tendría usted más ropa.



IMPORTANTE, IMPORTANTÍSIMO

Con verdadera satisfacción anuncio á ustedes que este número cierra el año y que... ¡vaya, si lo digo! ¿por qué andar con escrúpulos? que el número próximo abre el año IX de la publicación de LA SAETA.

¡Pero cómo lo abre! Con un extraordinario, que es necesario que ustedes adquieran, si quieren tener cosa rica.

Y... conste. que no hacemos en ese extraordinario más que abrir el tomo, y abrirlo dignamente. Ustedes verán.

No es que en él derramemos todo el salero, nó; guardamos bastante, para los números siguientes, para todo el año. ¿Qué digo bastante? Lo que hacemos no es más que inaugurar una serie de mejoras que estoy seguro que han de conquistar para LA SAETA honra y provecho.

Y para los artistas, para los dibujantes y los escritores de quienes recabamos el concurso.

Porque tanto en texto como en ilustraciones, LA SAETA mejorará notablemente.

El número extraordinario, como extraordinario que es, dará al público alguna idea de ello. Por eso digo que deben ustedes adquirirlo.

Como vengo advirtiendo á los Corresponsales, el extraordinario constará de 40 páginas y su precio para dichos señores será de 30 céntimos.

El público en general abonará 40 céntimos, es decir, sólo el doble.

Y con eso y con desear á todos ustedes que inauguren un año de prosperidades y venturas, me despido hasta el próximo.

Explicaba un profesor en cierta escuela de artesanos la lección de geometría.

— Los triángulos se dividen en equiláteros, isóceles y escalenos...

— ¿Me permite decir dos palabras? — interrumpió un palurdo que figuraba como oyente en la clase.

— Bien, diga usted...

— Pues... tengo que icir que si yo, que tengo 55 años, no entiendo esa monserga de equilibrios, insolentes y escalones, mucho menos lo entenderán estos que no han salido aún del cascarón.

Se escapó cuando te hablé un suspiro de tu pecho. Subió al cielo, y dijo Dios: « á esa le huele el aliento ».

P.

Se enfureció Cosme Ramas; á unas camas prendió fuego y al verlo, dijo un labriego: — ¡Cómo quema Cosme camas!

PAREJO.

En un intermedio del teatro:

— Has crecido mucho, Julianito.

— Así parece.

— ¿Y cuántos premios has obtenido en este curso?

— Tres.

— ¿Cuáles?

— El primero, el premio de memoria. Y los otros dos... los otros dos... ya no me acuerdo de qué.

A cierto hombre feo y jorobado, que trataba de casarse, le preguntó una señora:

— ¿Cómo piensa usted casarse sin tener un cuarto?

— Señora, quiero tener la seguridad de que me quieren sólo por mi figura.

Correspondencia

Miraflores. — Madrid. — No me molesta, ni al Administrador tampoco. La composición no es apta. Para versos alejandrinos, Zorrilla; después del ilustre vate, nadie, créalo usted.

M. L. C. — Madrid. — ¿Usted cree que la sonrisa se frunce?... Vamos hombre... ¡Ah! mire usted, sonrisa, se escribe con una r, ¿estamos?

J. F. L. — Va usted por mal camino. Desde que Julián Pérez tiene gabán, van tós ustés de capa caída.

V. S. C. — ¡Mamarracho!...

J. P. C. — ¡Imbécil!

G. R. — Barcelona. — Máquinas Singer á diez reales semanales.

Gardollecia. — Requena. — Tienes olvidados á los amigos.

Cascarrabias. — ¿Está usted seguro de que Homero dijo lo que usted dice?

A. de V. — Hellín. — Muy malito.

H. J. — ¡Bendita sea tu madre!

M. R. L. — Una « buenaventura » en verso, no puede interesar á nadie.

A. A. — Pátese por la Administración y verá de complacerle.

Serafin. — ¡Hijo de mi alma!... Que guasa, que simpático y que... mal poeta. Va al cesto su composición, lo mismo que las de los apreciables jóvenes S. H. — I. M. — A. L. y algunos otros pelmas de la clase de colaboradores espontáneos.

Y basta por hoy.

LA SAETA

Semanario ilustrado

Toda la correspondencia

al administrador D. PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, kiosco número 3

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Table with 2 columns: Subscription type and price. Includes 'España y Portugal, semestre' for 6 pesetas and 'Extranjero y Ultramar, un año' for 17 pesetas.

Número corriente, 20 céntimos. Número atrasado, 30 céntimos

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes. Pago adelantado